

La última muerte antes del Imperio: historiografía castellana y providencialismo en torno al príncipe Miguel y al nacimiento del futuro Carlos V*

Cristina MOYA GARCÍA
Universidad de Sevilla
cmoya@us.es

INTRODUCCIÓN

Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, los Reyes Católicos, tuvieron un único hijo varón, el príncipe don Juan (nacido en 1478), y cuatro hijas, las infantas Isabel (1470), Juana (1479), María (1482) y Catalina (1485). Sus matrimonios sirvieron para establecer una serie de alianzas políticas con otros reinos. El heredero, el príncipe don Juan, contrajo matrimonio con Margarita de Austria, hija del emperador Maximiliano I y de María de Borgoña. La alianza con el imperio se vio reforzada con el matrimonio de la segunda de sus hijas, Juana –que pasará a la historia con el sobrenombre de «Juana la Loca»– con Felipe el Hermoso, hijo y heredero de Maximiliano y duque de Borgoña. De este modo, se celebraron dobles bodas, dos hijos de los Reyes Católicos con dos hijos del emperador¹.

La hija primogénita, Isabel, casó en 1490 en primeras nupcias con el príncipe don Alfonso, heredero de Juan II de Portugal; un enlace dichoso pero corto en el tiempo, ya que el príncipe murió a los pocos meses de

* Este trabajo se inscribe en el proyecto *La escritura elaborada en español de la Baja Edad Media al siglo XVII: Lengua epistolar y cambio lingüístico* (PID2020-113146GB-I00).

¹ También se va a denominar a estos enlaces «matrimonios cruzados». A partir de las bodas de los hijos de los Reyes Católicos y los del emperador Maximiliano I, los matrimonios cruzados se convirtieron en una costumbre en la casa de Austria, con la que se fortalecía doblemente la alianza de los Habsburgo con otras casas reales. Así, Fernando de Austria, futuro emperador, y su hermana María de Austria, hijos de Juana y Felipe, se casarán respectivamente con Ana y Luis II Jagellón; sus hermanos Carlos V y Catalina contraerán matrimonio con Isabel de Portugal y Juan III de Portugal; el futuro Felipe II y su hermana Juana se unirán a María Manuela de Portugal y a su hermano, el príncipe Juan de Portugal, hijos ambos de Juan III de Portugal; y la costumbre continuará con sus sucesores. El emperador Maximiliano fue quien puso en práctica este sistema (Bennassar 2007: 52-60). Un conocido distico latino refleja el interés de la casa de Austria por establecer alianzas a través de los matrimonios: «*Bella gerant fortes, tu, felix Austria, nube / Nam quae Mars aliis dat tibi regna Venus*» («Deja guerrear a los fuertes; tú, feliz Austria, cástate, / pues los reinos que Marte da a otros, a ti te los da Venus») (Rumeu de Armas 2001: 72).

la boda tras caer de un caballo. Al enviudar, la infanta Isabel volvió con sus padres, con los que permaneció hasta la celebración de su segundo matrimonio, que la convirtió en esposa de Manuel I de Portugal y en reina del país vecino. Las infantas menores, María y Catalina, contraerán matrimonio años después; María en 1500 con el viudo de su hermana Isabel, Manuel I de Portugal, y Catalina con el príncipe Arturo, heredero de Enrique VII de Inglaterra, en 1501 y, años después, en 1509, se convertirá en reina de Inglaterra por su unión con Enrique VIII².

Todas las esperanzas de los reinos y de los Reyes Católicos recaían en el príncipe don Juan, el anhelado heredero que vino al mundo en Sevilla el 30 de junio de 1478 (Bernáldez 1962: 73). Armado caballero por su padre en la vega de Granada en 1490 (Bernáldez 1962: 217), cuando todavía no se había vencido a los nazaries, el príncipe recibió una esmerada formación (Alcalá y Sanz 1998: 53-85). Puede considerarse que su boda con Margarita de Austria en la primavera de 1497 marca el momento cenital del reinado de sus padres. Anexionada Granada en 1492, los reinos vivían un momento de esplendor y el peso en la política internacional de Castilla y Aragón era cada vez mayor. Sin embargo, la historia es caprichosa y los festejos por las bodas del heredero se tornaron en luto cuando el príncipe falleció en Salamanca el 4 de octubre de 1497 a la edad de 19 años (Alcalá y Sanz 1998: 190-191). Esta es la primera de una serie de muertes que se sucederán antes de que los derechos dinásticos recaigan, contra todo pronóstico, en Juana –tercera de los hijos de los Reyes Católicos–, y, a través de ella, en su hijo Carlos, que será I de España y V de Alemania.

La muerte del príncipe don Juan sumió a los monarcas y a todos sus reinos en la más profunda de las tristezas, pues Isabel y Fernando no tenían más hijos varones. La viuda del príncipe, la joven Margarita de Austria, quedaba encinta, pero el embarazo se malogró³. La primogénita de Isabel y Fernando, la infanta Isabel, que acababa de convertirse en reina de Portugal por su matrimonio con Manuel I, pasaba a ser la princesa de Asturias. Fue, precisamente, cuando se estaban celebrando sus bodas en Valencia de Alcántara, cuando llegó aviso de la gravedad del estado del príncipe don Juan, por lo que el rey Fernando partió velozmente a Salamanca, adonde llegó para ver expirar a su hijo (Anglería 1953: 344).

² Las alianzas matrimoniales establecidas con las bodas de los hijos de los Reyes Católicos han sido profusamente estudiadas. La bibliografía que podría citarse es muy amplia, remito a dos trabajos muy esclarecedores (Pérez 2002: 53-82; Alvar Ezquerro 2002: 131-165).

³ En una carta dirigida al arzobispo de Braga y fechada el 5 de junio de 1498, Pedro Mártir de Anglería (1953: 365) escribe: «¡Ay de nosotros! Cuando aquella desnaturalizada madrastra empieza a ponerse furiosa, ¡vaya arrugas que se le amontonan! En lugar de la deseada prole, [Margarita] ha tenido un aborto; en vez de la apetecida descendencia, nos ha ofrecido una informe masa de carne digna de lástima. Por tanto, al faltar la deseada prole por parte del Príncipe, son llamados a esta ingente mole de tantos reinos sus futuros poseedores –si Dios no dispone otra cosa– tu Rey Manuel y su esposa Isabel».

Convertida en heredera de sus padres, Isabel tenía que ser jurada por las cortes de Castilla y Aragón, motivo por el que la nueva reina de Portugal –«aviendo sólo cinco meses que estaua en Portugal», como señala Pedro Mexía, cronista de Carlos V (Anglería 1945: 17)– y su esposo cruzaron la raya y se adentraron en tierras castellanas. La jura por las cortes de Castilla tuvo lugar en Toledo y discurrió sin incidentes. Salvado este trámite, tocaba la jura en Aragón, reino en el que estaba vigente la ley sálica y en el que el sucesor del rey Fernando no podía ser una mujer. Como la reina de Portugal y princesa de Castilla y de Aragón se encontraba embarazada, se decidió esperar al alumbramiento para ver si nacía un varón (Santa Cruz 1951: 180; Zurita 1991: 119-120).

MIGUEL, «HERIDA DE DIOS»

En Zaragoza, los reyes y la corte esperaban en agosto de 1498 el alumbramiento de la princesa y reina de Portugal. Para alegría de los monarcas, Isabel dio a luz a un varón. En la *Historia del rey don Hernando el Católico*, Jerónimo Zurita aporta detalles precisos sobre el día del parto. Así, informa de que «nació el príncipe un jueves víspera de San Bartolomé a las doce horas del mediodía» (Zurita 1991: 120); es decir, el nacimiento tuvo lugar el 23 de agosto. Aquel día, sin embargo, la felicidad por la llegada del nuevo heredero rápidamente dio paso a la más absoluta desolación cuando una hora después del alumbramiento, la princesa y reina de Portugal fallecía en brazos de sus padres (Zurita 1991: 120)⁴. Una vez más la muerte torcía las esperanzas de los Reyes Católicos y convertía a un recién nacido en el heredero de los reinos de Castilla, Aragón y Portugal.

En su *Historia del Emperador Carlos V*, una crónica muy interesante dentro de la historiografía del emperador, Pedro Mexía relata el nacimiento del príncipe Miguel –errando, por cierto, en la fecha del mismo– y ofrece una serie de explicaciones en las que compara la venida al mundo de este nieto de los Reyes Católicos con un episodio bíblico:

⁴ Los partos suponían un grave peligro para la vida de las madres. Lamentablemente, la muerte de las mujeres al dar a luz o en los días posteriores era frecuente. Diferentes reinas y princesas peninsulares fallecieron en el trance de parir. Solo por ceñirnos a tiempos relativamente próximos al nacimiento del príncipe Miguel, de las cuatro hijas de los Reyes Católicos dos fallecieron de parto: la ya mencionada princesa Isabel al tener a su hijo Miguel y, años después, en 1517, María, reina de Portugal desde 1500, perdió su vida en 1517 al dar a luz a su hijo menor, Antonio (Ávila Seoane 2016: 140). La emperatriz Isabel, esposa de Carlos V e hija de la anterior, murió en 1539 como consecuencia de un parto que se adelantó (Fernández Álvarez 1999: 593). De las cuatro esposas de Felipe II, hijo de Carlos V y de la emperatriz Isabel, dos fallecieron de parto: María Manuela de Portugal, en 1545 sin haber cumplido aún los 18 años, al dar a luz al príncipe don Carlos (Parker 2010: 85-86); e Isabel de Valois, en 1568 con 23 años, al sufrir un parto prematuro de una niña, Juana, que, al igual que su madre, no logró sobrevivir (Parker 2010: 452).

Y estando en ellos [los reinos de Aragón], en el mes de octubre del año de noventa y ocho, vn año después que murió el príncipe don Juan, parió la dicha doña Ysabel, Reyna de Portugal y prinçesa de Castilla y Aragón, vn hijo, el qual llamaron don Miguel. Y pudiérasele poner el nombre de Benoni, que puso Rachel quando parió a Benjamín su hijo, que se interpreta hijo de mi dolor, por la misma razón porque del dolor y trauaxo murió la Reyna su madre, como Rachel del suyo (Mexía 1945: 17).

La historia de la muerte de Raquel es narrada por el *Génesis* (35: 17-20)⁵. Hay que tener en cuenta que tanto los escritores del reinado de los Reyes Católicos como los de épocas posteriores establecieron paralelismos entre distintos personajes o episodios de la familia real y diferentes personajes o pasajes bíblicos. Así, por ejemplo, con motivo del nacimiento del príncipe don Juan después de nueve años de matrimonio, el bachiller Palma comparó en su *Divina retribución de España* a la reina Isabel y al príncipe don Juan con santa Isabel y su hijo san Juan⁶. En el caso del nacimiento del príncipe Miguel, la comparación entre la muerte de su madre con el fallecimiento de Raquel tras parir a Benjamín se inserta en la misma línea providencialista que imperaba en la época y que continuará durante los reinados siguientes⁷. De hecho, en la literatura de su tiempo, se valorará con frecuencia al emperador Carlos V desde el providencialismo y el mesianismo⁸.

La comparación que establece Mexía entre Isabel de Castilla y Aragón y la Raquel del Antiguo Testamento es pertinente no solo porque ambas mueren al dar a luz, sino porque esta última se considera modelo de mujer «buena», «casta» y «sierva de Dios», como la define Diego de Valera en su tratado *Defensa de virtuosas mujeres* (2009: 282), donde

⁵ Citaré los pasajes bíblicos a partir de la traducción de Luis Alonso Schökel y Juan Mateos (*Nueva Biblia Española* 1975). En el reinado de los Reyes Católicos la historia de la muerte de Raquel era bien conocida no solo por la Biblia sino también por una serie de textos que recogieron cómo esta dio a su hijo el nombre de Benoni antes de morir tras parirlo. Así, Palencia refiere esta historia en su *Universal vocabulario en latín y en romance* (1967: fol xxxiiiiiv); al igual que Rodrigo Fernández de Santaella, quien también alude al nombre de Benoni que Raquel dio a su hijo pequeño en su *Vocabularium Ecclesiasticum* (1499). Remitiendo al *Génesis*, explica que Benjamín fue «nombre que Iacob, su padre, le puso quando lo circuncidó siendo infante de ocho días, pero quando su madre, Rachel, murió de su parto, lo llamó Benoni: hijo de mi dolor (Gene. xxxv.)» (1549: h. B 7v).

⁶ En esta obra, leemos: «Nasció el bien aventurado san Juan, de santa Elisabed; nació el deseado príncipe don Juan, de la Reyna, nuestra senhora, donna Ysabel: a tales madres, tales hijos; deseado el vno, deseado el otro» (1879:78). Baltasar Cuart Moner, hablando del providencialismo en el reinado de los Reyes Católicos, señala que a la reina Isabel se la llegó a comparar con la Virgen María, por lo que «la figura de la reina cobraba tintes casi divinos, y casi blasfemos» (2004: 85).

⁷ Sobre el providencialismo en el reinado de los Reyes Católicos, véase José Cepeda Adán (2010: 85-99).

⁸ Se ha señalado la conexión de Carlos V con las corrientes mesiánicas europeas. Sobre esta cuestión pueden consultarse desde el estudio ya clásico de Reeves (1969: 361) hasta el más reciente de Potestà (2018: 156, 176, 236), pasando por el imprescindible trabajo de Milhou (1983: 301, 331).

la inserta en la nómina de mujeres bíblicas virtuosas. Álvaro de Luna, por su parte, autor de otra obra –contemporánea a la de Valera– que igualmente ensalza a las mujeres virtuosas, *Virtuosas e claras mugeres*, menciona a Raquel junto a su hermana Lía y se refiere a ellas como: «las muy sabias e virtuosas Raquel e Lía, mugeres del grand patriarca Jacob florescipientes por maravillosos dotes de sus coraçones» (2008: 227).

Sabemos que la reina de Portugal y princesa de Castilla y Aragón, conocedora de los peligros del parto, temía el momento del alumbramiento y quiso prepararse, como buena cristiana, para una posible muerte que, según Alonso de Santa Cruz, de alguna forma, ella intuía. Así lo recoge Santa Cruz en su *Crónica de los Reyes Católicos*, donde escribe al respecto: «Y la reina doña Ysabel de Portugal, como temiese mucho su muerte en aquel parto, como sabia y buena cristiana procuró antes de venir aquel punto de confesarse y recibir los sanctos sacramentos, con muy gran devoción y muchas lágrimas» (1951: 180). Un testigo de los hechos, Pedro Mártir de Anglería, confirma que Santa Cruz está en lo cierto, pues según el italiano: «ella previó su muerte, la muerte que tantas veces anunció vendría con el parto», por lo que «antes que llegara el día del puerperio, se hizo preparar cuidadosamente el viático y hacía venir a cada momento a religiosos para confesarse con ellos». Pedro Martír de Anglería ofrece todos estos datos en una carta escrita en Zaragoza, donde se encontraba la corte, fechada el 1 de septiembre, días después del óbito, y dirigida al arzobispo de Braga donde, entre otras informaciones, explica a su interlocutor que la reina y princesa «si casualmente incurría en algún error, de rodillas y con lágrimas pedía, rogaba e insistía en que se le diera la absolución» (1953: 374).

Los temores de la reina y princesa se confirmaron y el parto tuvo un fatal desenlace. Santa Cruz relata que «venida la hora, parió un hijo; el qual aun del todo no hera salido a luz, quando la madre, con el gran dolor que sintió, quedó muerta. Porque como fuese muy delicada, no tubo fuerça para sufrir los grandes dolores que en el parto le dieron» (1951: 180).

Su fallecimiento causó a los padres y al marido un enorme dolor, «tanto que movía a compasión de vellos y de oír lo que decían»⁹. No obstante, «como personas tan sabias, se consolaron, conformándose con la voluntad de Dios Nuestro Señor, que avía tenido por bien el llevársela para sí» (Santa Cruz 1951: 180). Esta resignación cristiana en el momento supremo de la muerte de un hijo ya la había mostrado anteriormente la reina Católica cuando, al recibir la noticia del fallecimiento del príncipe don Juan, supuestamente pronunció, según la tradición: «Dios nos lo dio, Dios nos lo ha quitado, sea su nombre bendito» (Clemencín

⁹ Zurita, por su parte, señala que «Fue su muerte con gran dolor y sentimiento del rey y de la reyna que la amaban sumamente» (1991: 121).

1820: 42), rememorando la conocida frase bíblica de Job (1: 21)¹⁰. Ante la muerte de la princesa Isabel, tanto la reina Católica como el rey Fernando y el rey Manuel, su yerno, entendieron que Dios «avía tenido por bien el llevársela para sí» porque, además de ser «cristianísima, hera sabia y honesta y católica reina» (Santa Cruz 1951: 180).

El recién nacido, heredero de los reinos de sus abuelos y de Portugal por parte de su padre, fue bautizado con el nombre de Miguel. No está clara la razón por la que el príncipe recibió este nombre, que anteriormente no había llevado ningún rey de Castilla, Aragón o Portugal¹¹. Dependiendo de la fuente que consultemos la explicación del motivo de la elección será una u otra. Las crónicas nos ofrecen diferentes versiones. Andrés Bernáldez, el cura de Los Palacios, señala en sus *Memorias del reinado de los Reyes Católicos* que fue su madre, la reina de Portugal, la que tomó esta decisión —«a quien ella mandó llamar don Miguel» (1962: 380)—, pero no precisa la razón de su elección. Santa Cruz, por su parte, indica que el nuevo príncipe «fue bautizado, aunque no con el placer que se pensava», por la muerte de su madre, y comenta que «le pusieron por nombre don Miguel, por aver nacido día de San Miguel» (1951: 180-181), lo cual no se ajusta a la verdad porque el príncipe no nació el 29 de septiembre; es más, ni siquiera nació en el mes de septiembre. En este sentido, debe señalarse que las crónicas no coinciden en la fecha del nacimiento del niño y, dependiendo del texto consultado, el alumbramiento se sitúa en agosto, septiembre e, incluso, octubre de 1498.

Sobre el bautizo del príncipe, es Zurita, una vez más, el cronista que proporciona los datos más precisos. Además, aporta una versión diferente del motivo de la elección del nombre de Miguel:

El príncipe fue bautizado un martes a cuatro del mes de septiembre, en la iglesia metropolitana de San Salvador en la capilla parroquial de San Miguel, que fundó el arzobispo don Lope Hernández de Luna, de rico y sumptuoso edificio; y la dedicación de ella y religión de aquel sagrado lugar parece que fue causa que al príncipe se puso nombre de Miguel (1991: 121).

¹⁰ Son muchos los biógrafos modernos de Isabel la Católica que, sin remitir a fuente alguna, refieren que la soberana pronunció esta frase bíblica (Job 1:21) —con variantes, fundamentalmente porque a veces se cita «nos lo dio» y otras «me lo dio»— al tener conocimiento de la muerte del príncipe Juan. No obstante, no he logrado encontrar ninguna fuente más o menos contemporánea a la reina que la refiera. Tampoco, ya en el siglo XVIII, la recoge el padre Enrique Flórez en sus *Memorias de las reinas católicas* (1761). La fuente más antigua que he podido rastrear es Clemencín (1820), por lo que creo que podría ser una invención del siglo XIX con la que se quiso subrayar el espíritu cristiano de la soberana y su resignación ante los designios divinos. De hecho, Tarsicio de Azcona señala que no sabemos «cómo reaccionó la reina ante la aterradora noticia» de la muerte de su hijo (1964: 714).

¹¹ Cuestión también resaltada por Ruth Martínez Alcorlo (2021: 241). El libro de Martínez Alcorlo sobre Isabel de Castilla y Aragón es ya un trabajo imprescindible sobre esta hija de los Reyes Católicos.

Descartado el razonamiento de que se eligió el nombre de Miguel por haber nacido el príncipe en la festividad de este arcángel, tenemos las versiones de Zurita, de que se debió a la advocación de la capilla en la que fue bautizado, y la de Bernáldez –cuya crónica se compuso en una fecha mucho más próxima a los acontecimientos– que indica que fue deseo de su madre, la princesa y reina de Portugal, que se llamara así; una información que coincide con la contenida en el *Carro de la Donas*: «E como ella hera tan christianíssima dexó su testamento hecho y mandó que lo que pariesse, si fuesse hijo, le pusiessen Miguel, e si fuesse hija Ana» (2001: 106)¹². Curiosamente, en su *Jardín de nobles doncellas*, un *speculum reginae* compuesto por fray Martín de Córdoba para Isabel la Católica antes de que esta se convirtiese en reina, el agustino aconsejaba a una joven y todavía soltera Isabel que

a los hijos, si los toviere, es obligada de los servir, criándolos o haciéndolos criar a buenas y honestas amas y sobre todo católicas, que cuando les dieren la teta nombren a Jesú y a la Virgen María y a Sant Miguel, porque con la leche beban devoción deste nombre Jesús y de los otros (1953: 53-54).

No sabemos si la reina Isabel cumplió esta recomendación de fray Martín de Córdoba, pero parece cierto que su hija mayor, la princesa y reina de Portugal fue muy devota de san Miguel.

Siguiendo con la elección del nombre del nuevo príncipe, Pedro Mexía ofrece en su *Historia del emperador Carlos V* la siguiente apreciación: «no vino fuera de propósito el nombre de Micael, que significa herida de Dios. De manera que al alegría grande de su nacimiento se mezcló luego gran dolor y tristeza, y fue otro nuevo cuchillo y herida para los reyes sus padres» (1945: 17).

Lo cierto es que no sabemos cuál fue la razón por la que se eligió el nombre de Miguel para el nuevo príncipe. No obstante, entrando en el terreno de las hipótesis, sí podemos aventurarnos a ofrecer algunas conjeturas. Indudablemente, el nombre de Miguel –a pesar de la nula tradición en las monarquías ibéricas– está cargado de simbolismo en el mundo cristiano. Quizá una princesa tan religiosa como lo fue Isabel de Castilla y Aragón quisiera que su hijo llevara el mismo nombre de san Miguel para criarse bajo su protección y, tal vez, para que le sirviera de inspiración y modelo en su futura vida de príncipe cristiano.

Gutierre Díaz de Games declara en *El Victorial* que Dios tiene «tres órdenes de caballeros», siendo la primera «la orden de los ángeles que pelearon con Lucifer, de la que san Miguel es su «caudillo» (2014: 53).

¹² Martínez Alcorlo también recoge esta información del *Carro de las Donas* (2021: 241) y señala que hasta ahora no se ha encontrado el testamento de la princesa y reina, que vieron en su momento Góis y Resende (2021: 231).

El *Apocalipsis* (12: 7-12) cuenta cómo, efectivamente, fue san Miguel el encargado de luchar contra Lucifer. Díaz de Games explica a continuación que la segunda orden es la integrada por «los mártires que murieron por la fee santa católica» (2014: 53). La tercera, que implica directamente al nuevo príncipe, está constituida por los «buenos reyes de la tierra, justos e derechureros e tenientes a Dios», además de por los buenos caballeros «que punan por defender e mamparar la madre santa Iglesia, e la fee católica, e la verdad de su rey e su reino» (Díaz de Games 2014: 54). De acuerdo con lo recogido en *El Victorial*, como futuro gobernante, el hijo de los reyes de Portugal está llamado a formar parte –igual que su padre, abuelos y demás antepasados– de esta tercera orden de la caballería celestial, por lo que tener como patrón a san Miguel, que es el «defensor de la iglesia de Dios» (Díaz de Games 2014: 53), es toda una declaración de intenciones de lo que se espera de este príncipe.

San Miguel, además, tiene otras decisivas encomiendas de Dios. De ellas nos informan distintas obras literarias, tanto medievales como de los siglos posteriores, y, por supuesto, la *Biblia*, en la que el arcángel aparece en diferentes pasajes, como en la «Epístola Universal de san Judas Apóstol», donde se cuenta cómo san Miguel tuvo que luchar con el demonio por el cuerpo de Moisés (Judas 1, 9). Y es que san Miguel era el encargado de recoger el alma de los difuntos y llevarla al cielo¹³. Quizá esta sea la razón por la que la reina Isabel la Católica, después de invocar a Dios y la Virgen al comienzo de su testamento, menciona a san Miguel:

En el nombre de Dios todopoderoso, Padre e Hijo e Espíritu Sancto, tres personas e una essencia divinal, Criador e Governador universal del Cielo e de la Tierra e de todas las cosas visibles e ynvisibles, e de la gloriosa Virgen María, su madre, Reyna de los Çielos e Señora de los Angeles, nuestra Señora e abogada, e de aquel muy exçelente Príncipe de la Iglesia e Cavallería angelical sanct Miguel (Torre 1974: 61).

Igualmente, el príncipe don Juan encomienda su alma a san Miguel tras hacer lo propio con Dios y la Virgen en su testamento. Reproduzco el pasaje en cuestión porque es muy revelador:

E primeramente, porque la anima es mas noble e preciosa que el cuerpo, encomiendo mi anima a nuestro Señor e Salvador Ihesucristo que la compró e redimió por su preciosa sangre, para que la lleve a su sancta gloria; e luego a la virgen santa Maria, su madre, que tenga por bien de rogar a su glorioso hijo que quiera perdonar todas mis culpas e pecados, e me dé gracia para bivar en arrepentimiento e caridad e acabar

¹³ En diferentes textos literarios se alude a esta misión de san Miguel. Muestra de ello son los dos versos iniciales del romance «Quejas de Urraca», donde la infanta le dice a su padre, el rey Fernando I, en su lecho de muerte: «—Morir vos queredes, padre; / San Miguel vos haya el alma» (Díaz-Mas 1994: 76).

en verdadera penitencia; e a señor sant Miguel, angel, que dé camino saludable a mi anima despues que destas pecadoras carnes saliere, para que sin ympedimento del enemigo pueda yr al deseado lugar (Alcalá y Sanz 1999: 186-187).

Diferentes obras literarias medievales tratan la figura de san Miguel. Especialmente relevante en este sentido es el *Libre dels àngels* de Eiximenis, donde el franciscano le dedica todo el tratado quinto, titulado *De Sant Miquel Arcàngel*¹⁴. Precisamente, Elisa Ruiz identifica dos libros en castellano que pertenecieron a Isabel la Católica, titulados *Natura angélica*, con dos traducciones de esta obra de Eiximenis (2004: 434). No obstante, hay que tener en cuenta que no todos los críticos consideraron acertado identificar el *Natura angélica* con una traducción del *Libre dels àngels* de Eiximenis¹⁵.

Texto muy conocido y que gozó de una notable difusión, con distintas versiones, fue la obra *Epístolas y evangelios por todo el año*, tradicionalmente atribuida a fray Ambrosio de Montesino¹⁶. En una versión impresa en Sevilla en 1549 por Domenico Robertis leemos que san Miguel arcángel «tiene oficio de pesar los méritos y deméritos de las almas» (1549: CCXXVR), por lo que «la Iglesia canta: “¡O archángel sant Miguel, yo te he establecido por príncipe para rescebir todas las almas!”» (1549: CCXXVV). Al igual que san Miguel es el encargado de conducir a los que han ganado la vida eterna al cielo, el príncipe cristiano tiene que velar por la salvación de sus súbditos, por lo que debe librarlos de los peligros y malas influencias que les pudieran acechar. Tal vez esta idea pesó en Isabel de Castilla y Aragón cuando eligió el nombre de Miguel para su hijo –si es que aceptamos la teoría de que fue ella la que decidió que se llamara así–. Conviene recordar que antes de contraer matrimonio con Manuel I de Portugal, la entonces infanta Isabel –no era princesa pues aún vivía en ese momento el príncipe don Juan– pidió a Manuel I como condición para que se celebrase su matrimonio la expulsión de los judíos de Portugal¹⁷. Con esta demanda, la entonces infanta dejó traslu-

¹⁴ Este tratado quinto, *De Sant Miquel Arcàngel*, ha sido editado por Curt Wittlin (1983). Del *Libre dels àngels* puede consultarse una versión manuscrita fechada entre 1401 y 1460 en la Biblioteca Digital Hispánica de la BNE (<<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000040690&page=1>>)

¹⁵ Así lo manifiesta Manuel José Pedraza Gracia, quien escribe sobre el *De natura angelica* que «con muchas reservas podría identificarse con alguna traducción del *Llibre des Angels* del franciscano Francesc Eiximenis» (1998: 76). Sobre las traducciones castellanas de la obra de Eiximenis, véase Andrés Ivars (1923).

¹⁶ María Matesanz del Barrio –especialista en esta obra, pues realizó como tesis doctoral una edición crítica de ella (defendida en la UCM en 1995)– explica que se trata de una atribución errónea, a pesar de que así se ha transmitido y así ha sido recogido este texto en diferentes catálogos (1997: 215-230).

¹⁷ Trata este asunto y hace un resume de la cuestión Martínez Alcorlo (2021: 195-202). Esta investigadora recoge una carta de la hija de los Reyes Católicos a Manuel I en la que insiste en la necesidad de la expulsión de los judíos de Portugal (2021: 196-197).

cir su profunda religiosidad y su celo por preservar la integridad de la iglesia cristiana.

Siguiendo con san Miguel, este tiene destinado un papel fundamental en las corrientes escatológicas que anuncian la llegada del anticristo, pues según profetiza Daniel, será san Miguel quien tendrá que luchar contra él: «en aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está a favor de los hijos de tu pueblo; y será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que existen las naciones hasta entonces; pero en aquel tiempo será liberado tu pueblo» (Daniel 12: 1). Es cierto que en la Segunda epístola a los Tesalonicenses (2Tes: 2, 8) se indica que será Cristo quien vencerá al anticristo, pero en distintos testimonios se señala que esta misión corresponderá a san Miguel¹⁸.

Isabel de Castilla y Aragón vivió en una época en la que se respiraba un intenso ambiente profético¹⁹. De hecho, durante el reinado de sus padres, los Reyes Católicos, circularon distintas profecías que atañían a Isabel y a Fernando (Carriazo Rubio 2003: 112-124) y, además, diversas corrientes proféticas de tiempos anteriores confluyeron en la persona del rey Fernando, que se identificó con el Encubierto, una figura que debía luchar también contra el anticristo (Milhou 1983: 237-239, 362-400)²⁰. Entre los diferentes textos que reconocen al rey Católico como el Encubierto se encuentra una carta contenida en la *Historia de los hechos del marqués de Cádiz* fechada en 1486 y que es definida como «vna escriptura muy marauillosa» que el marqués de Cádiz «enbió a los grandes de Castilla» (Carriazo Rubio 2003: 244). En ella se alude a distintas corrientes proféticas: «Sabed que este santo rey don Fernando, bienaventurado, que tenemos es el Encubierto; e así está declarado por Sant Juan y Sant Isidro en sus reuelaciones»; y se aclara: «sabed por cierto que no avrá otro Encubierto saluo de los reyes de Aragón, vno o dos o quantos a Dios plazera. Y estos y sus fijos e linaje sennorearán el mundo fasta la fyn» (Carriazo Rubio 2003: 246).

Resulta muy complicado determinar hasta qué punto los soberanos creían en estas profecías, pero es significativo que estando ya muy enfermo y próximo a la muerte, el propio rey Fernando se mostrara convencido de que no iba a fallecer aún pues antes de morir tenía que tomar Jerusalén, tal y como le había pronosticado la Beata del Barco de Ávila (Galíndez de Carvajal 1953: 563)²¹.

¹⁸ Sobre este asunto, véase Ledo Caballero (2015: 129-130).

¹⁹ Para entender cómo se gestaron y llegaron las diferentes corrientes proféticas a esta época es de imprescindible lectura la obra de José Guadalajara Medina (1996).

²⁰ Sobre Fernando el Católico y las profecías, véase Eulàlia Durán y Joan Requesens (1997). Milhou ofrece un listado de las profecías que se hicieron al monarca (1983: 391-394).

²¹ Fray Prudencio de Sandoval también narra cómo el rey Católico, estando cercano a la muerte, se negaba a aceptar que iba a fallecer por lo que le había anunciado la Beata del Barco de Ávila. El cronista tiene muy mala opinión de ella, a la que califica como «embustera notable» (1955: 61).

Bien pudiera ser que habiendo vivido en un entorno sensible a las corrientes escatológicas que se difundieron tanto por la península como por otros territorios europeos, e incluso más lejanos, la princesa y reina Isabel considerara que Miguel era un buen nombre para un príncipe que, cuando fuese mayor, tendría que luchar contra los enemigos de la fe, como en el momento de su nacimiento hacían tanto su padre como sus abuelos al otro lado del Mediterráneo, pues no podemos dejar de recordar que, una vez tomada Granada, esa guerra contra el Islam continuó en el norte de África, una lucha que prolongarán la monarquía española y la portuguesa durante los reinados siguientes. De hecho, Portugal pagará ya en la segunda mitad del siglo XVI un carísimo tributo cuando fallezca en la batalla de Alcazarquivir el famoso rey Sebastián.

El príncipe don Miguel fue conocido, y así ha pasado a la posteridad, como Miguel de la Paz. Fray Prudencio de Sandoval, un cronista ya de la época de Felipe III, señala en su *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V* que a este nieto de los Reyes Católicos lo «llamaron don Miguel de la Paz, porque del casamiento de sus padres resultó entre Castilla y Portugal» (1955: 16); una noticia que confirma el cronista portugués Cristóvão Rodrigues Acenheiro en su *Abreviação da Coronica del Rei D. Manoel I^o*, donde escribe que este príncipe fue «dito do povo, “De la Paz”» (Nogales Rincón 2013: 49). El hijo de Manuel I de Portugal y de Isabel de Castilla y Aragón pudo haber cambiado el curso de la historia ya que, de no haber muerto, habría unido en su persona todos los cetros peninsulares (es verdad que en ese momento Navarra tenía sus propios monarcas pero Castilla la anexionará en los años siguientes).

Tras la muerte de su madre, el pequeño Miguel se quedó con sus abuelos para criarse con ellos, que se convirtieron en «tutores y curadores» del príncipe. Su padre, el rey Manuel, regresó a Portugal poco tiempo después del deceso de su esposa (Zurita 1991: 121). El recién nacido fue jurado como heredero del rey Fernando por las cortes aragonesas al poco tiempo de nacer, el 22 de septiembre de 1498 (Zurita 1991: 122). Meses más tarde, en enero de 1499, fueron las cortes castellanas las que hicieron lo propio en Ocaña (Zurita 1991: 135) y el 7 de marzo de este año de 1499 se celebró la jura del príncipe como heredero del rey Manuel I, su padre, en la iglesia de Santo Domingo de Lisboa, en presencia del rey de Portugal «e os tres Estados de seu reino» (Torre y Suárez Fernández 1963: n. 1 22)²². A pesar de ser un niño de muy corta edad, por su condición de heredero se puso casa al príncipe²³.

²² De unos días después de la jura del príncipe en Lisboa, conservamos un documento muy interesante, fechado el 23 de marzo de 1499, «Declaración de don Manuel de cómo había de gobernarse el reino de Portugal después de que el príncipe su hijo, que heredaba Castilla, sucediese en Portugal» (Torre y Suárez Fernández 1963: 22-26).

²³ Francisco de Paula Cañas Gálvez la estudia en un trabajo que se encuentra en prensa en el momento de la redacción de este artículo. En las *Cuentas de Gonzalo de Baeza* se consignan

Las esperanzas puestas en este niño se desvanecieron pronto, pues el príncipe Miguel, heredero de los vastos territorios de las coronas de Castilla, Aragón y Portugal, falleció sin haber cumplido los dos años de edad en el verano de 1500. Una vez más, la muerte volvía a cebarse con un heredero de los Reyes Católicos. El óbito del príncipe se produjo en Granada, en julio de 1500. Lorenzo de Padilla narra así lo sucedido:

pasada la cuaresma y Pascuas de Resurrección y Espíritu Santo, el Rey y la Reina se vinieron para Granada [desde Sevilla] a entender en acabar de hacer cristianos a todos los moros del reino. En la qual cibdad entraron por el mes de junio, y de camino sucedieron ciertas calenturas al Príncipe D. Miguel, hijo de la Reina Princesa y del Rey Don Manuel de Portugal, y crecieron en tanto que murió dellas por en fin del mes de julio deste año siendo en edad de tres años (1846: 67).

Padilla se equivoca en la edad con la que murió el príncipe, porque el niño no había cumplido aún los dos años. Realmente, la mayoría de los cronistas yerran en esta cuestión, aunque unos se aproximan más que otros. Andrés Bernáldez se acerca más a la edad real con la que falleció el príncipe, pero tampoco es exacto: «E bivió don Miguel seyendo príncipe de Castilla un año e siete meses, fasta el mes de jullio del año de quinientos, que murió de su muerte natural, en Granada, estando allí la corte» (1962: 380). La disparidad que presentan las crónicas en cuanto a la edad del príncipe en el momento de su fallecimiento se debe, en algunos casos, a las diferentes datas del día del nacimiento. Un año y siete meses es también la edad que recoge Pedro Mexía, quien escribe sobre la muerte del pequeño: «Y estando allí en Granada, entendiendo en la paçificación de aquel reyno, en doze días del mes de julio del mismo año plugo a Dios les quitar de las manos al niño príncipe don Miguel, y lleuáronlo a reynar al çielo, siendo solamente de vn año y siete meses» (1945: 18). Como puede observarse en los testimonios de las crónicas citadas, tampoco hay coincidencia en la fecha del fallecimiento. Tiempo después de que Mexía redacte su crónica, Zurita ofrece una versión diferente de este luctuoso suceso y señala, erróneamente, que los Reyes Católicos no habían llegado aún a Granada desde Sevilla en el momento del deceso (1991: 217), dato que rebate una carta de Pedro Mártir de Anglería dirigida al cardenal de Santa Cruz y escrita desde Granada el 29 de julio de ese año, pocos días después del fallecimiento del príncipe, en

diferentes pagos realizados a distintos miembros de la casa del príncipe Miguel. El último que se recoge está fechado años después de la muerte del príncipe, el 31 de octubre de 1503, y es una merced que la reina hace a «doña Margarida, hija de doña Ana de Barayz, ama del príncipe don Miguel, questa en Gloria» (Torre 1956: 599). Diferentes oficiales de la casa de la princesa y reina Isabel pasaron a la casa de su hijo, el príncipe Miguel. Cuando este falleció y se disolvió su casa, algunos de sus servidores se integraron en la casa de su abuela, la reina Católica (Martínez Millán 2000: 53 y notas 45 y 48 de 53).

la que el italiano cuenta que los reyes entraron en Granada el 15 de julio «con mala estrella», ya que «el 20 del mismo mes expiró en sus manos el pequeño infante, única esperanza de sucesión masculina» (1953: 411).

Zurita, al igual que Anglería, también sitúa la muerte del príncipe Miguel «a veinte de Julio» y aporta un dato que no recogen los demás cronistas, pues señala que «no se puso por él luto siendo el mayor príncipe que hubo en España después del reino de los godos hasta su tiempo» (1991: 217), una información que corrobora el cronista portugués Damião de Góis, quien escribe: «el Rey mostrou pouquo sentimento e ho mesmo se fez em Castella, porque nem là nem qua se pos por elle dó, nem se fezeram por seu falecimento has acostumadas çeremonias que se usam fazer pelos taes príncipes quando morrem» (Bouza 1995: 1458)²⁴. Probablemente la muerte del príncipe Miguel no sorprendió ni a sus abuelos ni a su padre, ya que su salud había sido débil desde que nació, tal y como explicó Pedro Mártir de Anglería al Cardenal de Santa Cruz en una carta fechada el 4 de octubre de 1498, cuando el pequeño tenía aproximadamente un mes y medio de vida: «Ha nacido débil, con poco peso y enfermizo. Que el hijo naciera sin fuerzas fue debido a la delgadez de la madre» (1953: 376). Sobre el entierro del príncipe Miguel, Lorenzo de Padilla relata:

Llevaronlo a sepultar al monesterio de Sant Francisco del Alhambra el cardenal D. Diego Hurtado de Mendoza, arzobispo de Sevilla, y el obispo de Osma, y D. Diego Pacheco, Marqués de Villena, y D. Íñigo López de Mendoza, Conde de Tendilla, y otros grandes y prelados que allí se hallaron a la sazón (1846: 67).

Sandoval también alude al entierro del príncipe Miguel en su *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V*, pero, erróneamente, indica que el pequeño príncipe fue enterrado en la Capilla Real de Granada (1955: 19), algo imposible, pues la Capilla no estaba terminada en esa fecha. De hecho, tampoco lo estaba cuando la reina Isabel murió en 1504 en Medina del Campo, desde donde fue trasladada a Granada²⁵. Sus restos fueron depositados durante unos años en el monasterio de San Francisco, donde se encontraba el cuerpo de su nieto Miguel, y adonde, igualmente, llegará el cadáver del rey Fernando en 1516. No será hasta 1521 cuando los cuerpos de los Reyes Católicos y el de su nieto se trasladan, con la mayor solemnidad, a la Capilla Real²⁶.

²⁴ Martínez Alcorlo también recoge este pasaje de la crónica de Góis (2021: 244).

²⁵ Pedro Mártir de Anglería, quien formó parte de la comitiva que trasladó el cuerpo de la reina Isabel desde Medina del Campo hasta Granada, relata al duque de Calabria la dureza del viaje por las inclemencias del tiempo en una vibrante carta fechada el 25 de diciembre de 1504 en Granada, adonde ya habían llegado con el cadáver de la soberana (1955: 92-94).

²⁶ Sergio Fernández Larrain explica que: «el 10 de noviembre de 1521, en virtud de la real cédula de 20 de septiembre de 1520, fechada en Valladolid y reiterada en Burgos por otra de 7

«LA SUERTE CAYÓ SOBRE MATÍAS»: CARLOS, «DON DEL SEÑOR»

La muerte del príncipe Miguel fue un duro golpe para los Reyes Católicos. Pedro Mártir de Anglería nos ofrece de nuevo información de primera mano sobre el sentir de los monarcas ante esta pérdida en una de sus epístolas, donde escribe que el fallecimiento de Miguel «ha abatido profundamente a los dos abuelos». Isabel y Fernando, según Anglería, «ya se declaran impotentes para soportar con serenidad de ánimo tantos bofetones de la Fortuna»; sin embargo, «disimulan estas negruras todo lo que pueden y se muestran en público con semblante sonriente y sereno» (1953: 412). Los diferentes cronistas que se ocuparon de este suceso también aluden al pesar de los monarcas. Andrés Bernáldez plasma en su crónica el dolor de la reina Isabel tras el fallecimiento de su nieto –que se unía a las anteriores pérdidas de su hijo, el príncipe Juan, y de su hija, la reina y princesa Isabel– con unas palabras muy expresivas en las que habla de los «cuchillos de dolor» que atravesaron a la soberana, empleando una imagen que evoca los dolores de la Virgen:

El primero cuchillo de dolor que traspasó el ánimo de la reina doña Isabel fue la muerte del príncipe. El segundo fue la muerte de doña Isabel, su primera hija, reina de Portugal. El tercero cuchillo de dolor fue la muerte de don Miguel, su nieto, que ya con él se consolovan. E desde estos tiempos bivió sin plazer la dicha reina doña Isabel, muy nescasaria en Castilla, e se acortó su vida e salut (1962: 380).

Santa Cruz también resalta la aflicción de los monarcas. En su caso, se centra en el problema político que suponía la muerte de este nieto, la última esperanza que tenían los Reyes Católicos de que les heredase un príncipe nacido en sus tierras y criado por ellos. Por eso señala Santa Cruz sobre el fallecimiento del pequeño príncipe: «lo qual sintieron Sus Alteças mucho, como hera de razón, por ver que ya en el reino no les quedaba heredero alguno»²⁷ (1951: 207). En esta misma línea, pero de una forma más elocuente aún, se manifiesta Sandoval cuando relata el deceso del príncipe Miguel, que él sitúa, acertadamente, el 20 de julio de 1498. Este cronista refiere: «Fue grande el sentimiento de los Reyes

octubre de 1521, los gloriosos restos mortales de los Reyes Católicos son conducidos a su nueva y definitiva morada» (1980: 89-98). Sobre el desarrollo del traslado, Cécile D'Álbis señala que «La procesión, compuesta por el presidente de la Chancillería, por el cabildo de la Catedral y del clero regular y secular, del cabildo de la ciudad y de otras personas de primer orden desciende de la colina, precedida por el estandarte del rey Fernando, de todas las cofradías y corporaciones ordenadas con sus estandartes “como el día del Corpus”, seguida por un carro triunfal dorado que lleva los cuerpos de los Reyes, así como el del príncipe Miguel» (2009: 256-257).

²⁷ El mismo Santa Cruz, en su *Crónica del emperador Carlos V*, indica que con la muerte de este nieto, los Reyes Católicos: «tornaron a renovar con lágrimas las muertes del Príncipe Don Juan y de la Reina Doña Isabel, sus hijos», aunque «como personas cuerdas, se conformaron con la voluntad de Dios» (1920: 2-3).

Católicos, sus abuelos, y de toda España, pareciéndoles que perdían un señor natural, nacido en este suelo», a lo que añade: «que es general en todas las naciones del mundo querer las propias cenizas para cubrir sus brasas» (1955: 19).

Desde un punto de vista político, la muerte del príncipe Miguel significó el fin de la posible unión de las coronas de Castilla, Aragón y Portugal. La heredera pasó a ser Juana y, con ella, una dinastía extranjera, la de los Habsburgo, se convertirá en titular de la monarquía española. Carlos será, finalmente, el nieto que heredará a sus abuelos pasados los años, pues su madre, la reina Juana I de Castilla, se encontraba enferma y no podía hacerse cargo de la gobernación de sus territorios. Los cronistas del emperador consideran que, después de tantas muertes dentro de la familia real, la Providencia compensó a los reinos con Carlos, nacido cuando aún vivía el príncipe Miguel. En este sentido, la crónica de Pedro Mexía es, una vez más, especialmente interesante por su tono providencialista²⁸. En ella, al relatar la venida al mundo del futuro rey y emperador, el cronista sevillano explica que el año, el mes y el día en que nació ya anunciaban que sería un gran príncipe:

El tiempo de su nacimiento fue, después que Cristo nació, mill y quinientos años, en el cumplimiento deste siglo, año del jubileo y entero y cabal, y de bisiesto, en veynte y quatro días del mes de Hebrero, día del bienabenturado apóstol San Matías, que se interpreta «don del Señor»; y tal fue por cierto darnos tal rey (1945: 10).

Mexía, por tanto, presenta el nacimiento de Carlos bajo los mejores augurios y resalta que su venida al mundo se produjo en un día muy significativo, en la festividad de San Matías. Además, apunta que la hora del alumbramiento también es muy representativa: «Y la ora fué al alua, principio del día y fin de la noche y escuridad» (1945: 11). Según el cronista, con este nacimiento regio finalizaba un periodo de dudas e incertidumbres y comenzaba un tiempo de claridad y grandeza. Mexía conecta toda la simbología que otorga al nacimiento del nuevo príncipe con la sucesión de los reinos: «que todas son cosas notables, y no careció de misterio, según las sucesiones lo an mostrado después» (1945: 11). A pesar de no ser un príncipe nacido en tierras españolas, el cronista sevillano también hace una serie de apreciaciones sobre su lugar de nacimiento, Gante, ciudad que sirve a este autor para vincular al niño con la dignidad imperial y con Julio César, al que Mexía define, incurriendo en un error, como «el primero de los emperadores» y fundador de la ciudad natal del hijo de Juana y Felipe «sigún los ystoridores brauantinos escriben» (1945: 11).

²⁸ La concepción providencialista de la historia que tiene Mexía ya había quedado plasmada en su *Historia imperial*, obra redactada previamente y que hubo de ser determinante en su nombramiento de cronista oficial, que se hizo efectivo en julio de 1548 (Saen de Casas 2009: 13).

La Casa de Austria buscó vincularse con Julio César siglos atrás. Para tratar esta cuestión, debemos remontarnos al momento en que el conde Rodolfo de Habsburgo fue elegido Rey de Romanos en la segunda mitad del siglo XIII. Entonces, la Casa de Austria se encontró con el problema de que era una familia que no tenía gran antigüedad –desde luego no como la que tenían otras familias nobles del Sacro Imperio– por lo que buscaron emparentar con una estirpe romana ilustre, de la que se van a presentar como herederos (Edelmayer 2004: 18). En el siglo XIV se continuó alimentando y perfeccionando esta teoría, aunque sin mencionar exactamente de qué estirpe se trataba. Es a mediados del siglo XV cuando se muestran como descendientes de los Colonna, importante familia romana a partir de la cual lograban emparentar con el mismísimo Julio César. Todo este proceso es resumido por Edelmayer (2004: 18-19), quien señala que, como había otras familias nobles del Sacro Imperio que igualmente aducían estar emparentadas con los Colonna, llega un momento en que resulta más adecuado entroncar con otra estirpe romana cuya filiación no pudiera ser reclamada por otras casas nobiliarias. De ahí que, a finales del siglo XV, los Habsburgo se muestren como sucesores de los Pierleoni, que también se consideraban emparentados con Julio César. Edelmayer considera que tal vez Carlos V creyó en esta versión, pues estando en Roma se interesó por posibles supervivientes de esta ilustre familia (2004: 19).

El nombre con el que fue bautizado el primogénito de Juana y Felipe, Carlos, no tenía tradición en las casas reales castellana y aragonesa, pero sí era un nombre muy importante en Borgoña, pues el abuelo materno de Felipe el Hermoso era el famoso Carlos el Temerario, tal y como recuerda fray Prudencio de Sandoval (1955: 18). El nombre de Carlos servirá a Carlos V para reivindicar la «herencia profética» que proviene de Carlomagno y que, por cierto, también reclamó para sí otro monarca que llevaba este mismo nombre, Carlos VIII de Francia (Reeves 1969: 358-359; Milhou 1983: 331).

Sobre el título que había de llevar el recién nacido Carlos, Zurita explica que «hubo alguna altercación cómo se llamaría por nombre de dignidad». Finalmente, su padre, Felipe el Hermoso, decidió concederle el de «duque de Lucenburg» (1991: 193); un título que para Sandoval anunciaba la grandeza que esperaba al niño, ya que lo «habían tenido los Césares, sus pasados, el emperador Sigismundo, el emperador Carlos, cuarto de este nombre, y Wincislao, reyes de Bohemia y Césares famosísimos»; por lo que Sandoval escribe: «De donde comenzaron a adivinar y echar juicios, que no se engañaron, que el nuevo duque de Lucenburg había de ser un príncipe notable en el mundo» (1955: 18).

Diferentes cronistas –y según Zurita el imaginario popular– achacaron a la reina Católica una reacción muy reveladora cuando tuvo noticia del día en que había venido al mundo este nieto. Galíndez de Carvajal,

en sus *Anales breves del reinado de los Reyes Católicos*, apunta que en el año 1500, a 25 de febrero «nació el Príncipe D. Carlos en Flandes, hijo del Archiduque don Felipe, Príncipe de Castilla, y de la Princesa Doña Juana» (1953: 550). Galíndez de Carvajal otorga una intitulación a Felipe y a Juana que no les correspondía en ese momento, pues en esta fecha vivía aún el príncipe Miguel y Felipe y Juana no eran príncipes de Castilla. No obstante, a pesar del error, lo sustancial es lo que escribe a continuación: «y dijo la reina cuando lo supo: *Cecidit sors super Mathiam*» (1953: 550), la suerte ha caído en Matías, atribuyendo esta cita bíblica de los *Hechos de los Apóstoles* (1: 26) a la reina Católica sin entrar en mayores explicaciones²⁹. Más datos aporta Santa Cruz en su *Crónica del emperador Carlos V*, pues informa de que los Reyes Católicos se encontraban en Medina del Campo cuando supieron del nacimiento de su nieto Carlos en Gante, lo que les produjo «muy gran placer». Además, Santa Cruz también recoge las premonitorias palabras de la reina Católica y recrea el contexto en el que las pronunció:

y la Reina dijo al Rey Don Fernando, su marido, sabiendo que su nieto había nacido el día del Apóstol San Matías: «Creedme, señor, y no dudéis, que así como sobre aquel Apóstol cayó la suerte para ser en el número con los otros Apóstoles, así ha caído en suerte sobre este nuestro nieto para heredar nuestros reinos» (1920: 2).

Las palabras de la reina, que podríamos definir como proféticas –teniendo en cuenta la dimensión que les otorgan los cronistas–, son especialmente relevantes porque en el momento en que nació Carlos vivía todavía el príncipe Miguel y él era el heredero de sus abuelos. No obstante, más allá de la magnitud que conceden tanto Santa Cruz como otros cronistas a este episodio, lo cierto es que el juicio emitido por la reina Isabel estaría fundamentado en la poca confianza que inspiraba la salud del príncipe Miguel, del que sabemos, por una carta anteriormente citada de Pedro Mártir de Anglería (1953: 376), que nació muy débil. Años después, Sandoval escribirá en su *Historia de Carlos V* que del príncipe Miguel se tenían «pocas esperanzas de larga vida» (1955: 17).

Jerónimo Zurita, por su parte, recoge igualmente las palabras pronunciadas por la reina Católica sobre su nieto Carlos indicando que «es cosa muy pública y que la oímos a nuestros padres y digna de considerarse», y remite además a los *Anales* del «doctor Lorenzo Galíndez de Carvajal autor de aquellos tiempos y del consejo del rey y de la reyna» (1991: 193). El episodio, por tanto, está avalado, según Zurita, por una autoridad culta –la de Galíndez de Carvajal, persona, además, próxima a los Reyes Católicos– y por la tradición oral, pues es de dominio público

²⁹ Sobre esta frase bíblica pronunciada por la reina Católica, véase Carretero Zamora (2005: 36-41).

y bien conocido por el pueblo, que lo ha transmitido de padres a hijos³⁰. Zurita lo relata así:

cuando la reina doña Isabel su abuela supo su nacimiento, acordándose de lo que en la Sagrada Escritura se hace mención que fue elegido por suerte al apostolado de Cristo San Matías, entendiendo en cuánta esperanza avía nacido su nieto de poder suceder en tantos y tan grandes reinos y señoríos, dijo que había caído la suerte sobre Matías (1991: 193).

Y apostilla Zurita a continuación: «y no pasaron muchos días que salió tan verdadera su profecía que pareció después haberlo dicho por inspiración divina» (1991: 193). El providencialismo y el mesianismo en torno al nacimiento del futuro emperador también están presentes en la *Historia del rey don Hernando el Católico* de Zurita, en la que el cronista aragonés señala: «y así cuanto más en mi memoria revuelvo las cosas antiguas y de nuestros tiempos, tanto más se me representa la variedad de los casos humanos en todos los sucesos», y continúa: «porque en la esperanza de todos se tenía por muy cierta y fundada la sucesión del príncipe don Miguel con la unión del reino de Portugal con los reinos y señoríos de Castilla y Aragón» y sin embargo «fue preferido para la sucesión de ellos el que estaba reservado por juicio del Cielo en la providencia divina que había de suceder en tanta gloria y ensalzamiento de sus reinos con aumento de tan diversos estados y señoríos» (1991: 193).

Una vez más el providencialismo se asocia a un miembro de la familia real, en este caso, en realidad, a dos, pues la reina Católica profetiza lo que va a pasar y es capaz de interpretar los designios divinos, y su nieto, el futuro Carlos V, nace acompañado de una serie de señales que lo marcan como el elegido por Dios para hacerse cargo de los destinos de las coronas de Castilla y de Aragón. Antes de su nacimiento, también la venida al mundo de su abuelo Fernando el Católico fue presentada por algunos autores –entre los que sobresale Lucio Marineo Sículo (1943: 18-19)– como extraordinaria, pues estuvo acompañada de una sucesión de fenómenos que anunciaban la grandeza del destino que le tenía deparado Dios³¹.

³⁰ Esto demuestra que en el momento en el que Zurita redactó la *Historia del rey don Hernando el Católico*, diferentes capítulos de la biografía de los Reyes Católicos formaban parte del imaginario popular a pesar del tiempo transcurrido desde que sucedieron los hechos. La edición príncipe de esta obra de Zurita vio la luz en Zaragoza, en 1580, y salió de las prensas de Domingo de Portonariis y Ursino (Sarasa Sánchez 2014: 107).

³¹ Sobre este asunto, véase el trabajo de Nicasio Salvador Miguel (2012). Lucio Marineo Sículo, por cierto, fue autor de unos poemas latinos dedicados al príncipe Miguel que se publicaron junto a otras de sus composiciones en una obra titulada *Carmina et epistolae*, que vio la luz en Sevilla en el taller de Meinardo Ungut y Estanislao Polono después de agosto de 1498 (el príncipe nació el 23 de este mes) (Solís de los Santos 2012: 22 y n. 33). Agradezco al profesor Solís, admirado compañero y amigo, el haberme facilitado su trabajo muy generosamente.

Para ilustrar cómo Dios eligió a Carlos para ser el heredero de los Reyes Católicos, Pedro Mexía recurre, nuevamente, en su *Historia del emperador Carlos V* a un episodio bíblico, concretamente a la historia de cómo David fue elegido por el profeta Samuel para ser rey de Israel ante la sorpresa de su padre, ya que no era de los hijos mayores. La comparación con la historia de Carlos era fácil de establecer para Mexía, quien hace un repaso de todas las personas que han fallecido antes de que los derechos sucesorios recaigan en Carlos a través de su madre:

Así parece, como se á uisto, que estos Católicos Reyes pusieron delante su hijo y su hija, y después su nieto pero por secretos juyzios de Dios no fueron admitidos para el reyno, porque éste otro era el Daudid que Él tenía escoxido para ello, avnque chiquito y apartado, y olvidado por ventura para esto (1945: 18-19).

Mexía describe al emperador Carlos como un nuevo rey David no solo por la forma inesperada en la que llegaron a él los reinos, también porque «en todo á sido ymitador de Daudid, en la religión y defensión de sus reynos y acrecentamiento dellos» (1945: 19)³². Con esta comparación, Mexía vincula al emperador Carlos con uno de los reyes más importantes del Antiguo Testamento –a cuya casa pertenecerá siglos después José, marido de la Virgen–; un rey bíblico que, además, tendrá un papel destacado en las corrientes escatológicas del tiempo de los Reyes Católicos y del emperador. Igual que se había identificado al rey Fernando con el Encubierto, también se presentó al rey Católico –con fines políticos, para fortalecer el poder monárquico– como un nuevo David (Milhou 1983: 236, 302). En su nieto Carlos continuará esta identificación. Las comparaciones entre Carlos V y el rey David trascienden el discurso historiográfico y son visibles en otros terrenos artísticos, como por ejemplo la pintura o la escultura (Checa Cremades 1988), ya que en la iconografía bíblica del César se representó en distintas ocasiones al emperador como al vencedor de Goliat. Además, el emperador fue un gran admirador del rey David y sabemos que, al final su vida, leía con frecuencia los Salmos de este rey de la Biblia (Gonzalo Sánchez-Molero 2000: 931), con el que tanto se le identificó; una identificación que continuó después de su muerte. De hecho, es muy interesante que, en el sermón fúnebre que predicó François Richardot en Bruselas ante Felipe II con motivo de la muerte de Carlos V, se comparara al difunto emperador con el rey David y a su hijo y sucesor, Felipe II, con Salomón (Janssens 2001: 353-354); se entronca por tanto a estos dos reyes de la

³² Vemos que Mexía relaciona a Carlos V por su nacimiento con Julio César y con el rey David, por lo que el cronista lo entronca con un héroe de la antigüedad y con un personaje bíblico. Además, el nacimiento extraordinario –acompañado de señales– que atribuye al futuro emperador lo vincula con los dioses grecolatinos, los santos y los héroes caballerescos.

casa de Austria con dos reyes bíblicos que destacaron por su sabiduría. Richardot defendió que el gobierno de Carlos V se parecía al del rey David y que el emperador había igualado al rey bíblico «en su celo, devoción, magnanimidad y éxito». El nuevo rey, Felipe, se asemejaba a Salomón porque ambos continuaron y finalizaron la obra de sus padres. Además, igual que Salomón había construido el templo a la muerte de su padre, se esperaba que Felipe hiciera lo mismo en su reinado (Janssens 2001: 354), algo que finalmente realizará con la construcción del monasterio de El Escorial, nuevo *Templum Dei* (Checa Cremades 1989; Sánchez Rubio 2019: 46-50).

Los Reyes Católicos y su nieto Carlos se sirvieron de una concepción providencialista de la historia para reforzar su poder regio, pues mostrando los hechos históricos –bien fuesen felices o adversos– como designios divinos otorgaban a los acontecimientos, y a sus propias personas, una dimensión y magnitud que escapaba del control de los hombres. Esto es lo que encontramos en las crónicas castellananas de Carlos V, base de este trabajo, cuando explican cómo recayeron los derechos dinásticos de las coronas de Castilla y Aragón en manos del emperador a través de su madre tras la muerte de los hijos mayores de Isabel y Fernando, el aborto de Margarita de Austria y el fallecimiento del príncipe Miguel. Desde esa concepción providencialista de la historia y, por tanto, de los monarcas, las diferentes corrientes proféticas que señalaban al rey Fernando como quien habría de luchar contra el anticristo, y que después señalarán también a su nieto Carlos, no hacían más que engrandecer la figura del monarca al presentarlo como un elegido de Dios.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALCALÁ, Ángel y Jacobo SANZ (1999), *Vida y muerte del príncipe don Juan*. Valladolid: Junta de Castilla y León/Consejería de Educación y Cultura.
- ALFONSO DE PALENCIA (1967), *Universal vocabulario en latín y en romance*, I. Madrid: Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua Española.
- ALVAR EZQUERRA, Alfredo (2002), *Isabel la Católica. Una reina vencedora, una mujer derrotada*. Madrid: Temas de Hoy.
- AMBROSIO DE MONTESINO, fray (1549), *Epístolas y evangelios por todo el año con sus doctrinas y sermones de la corrección de fray Ambrosio Montesino los más copiosos que fasta agora se han impreso porque nuevamente van añadidas en esta impresión ciertas exposiciones*. Sevilla: Doménico Robertis.
- ÁVILA SEOANE, Nicolás (2016), «Documentos de las hijas de los Reyes Católicos: María (primera parte)», *De Medio Aevo*, 9/1, pp. 139-198.

- AZCONA, Tarsicio de (1964), *Isabel la Católica. Estudio crítico de su vida y su reinado*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- BENNASSAR, Bartolomé (2007), *Reinas y princesas del Renacimiento a la Ilustración*. Barcelona/Buenos Aires/México: Paidós.
- BERNÁLDEZ, Andres, Cura de Los Palacios (1962), *Memorias del reinado de los Reyes Católicos*. Manuel Gómez-Moreno y Juan de Mata Carriazo (eds.). Madrid: Real Academia de la Historia/CSIC.
- BOUZA ÁLVAREZ, Fernando Jesús (1995), «De un fin de siglo a otro: unión de coronas ibéricas entre don Manuel y Felipe II», en Luis Antonio Ribot García, Adolfo Carrasco Martínez, Luis Adão da Fonseca (coords.), *El Tratado de Tordesillas y su época*, 3. Valladolid: Sociedad V Centenario del Tratado de Tordesillas, pp. 1453-1463.
- CAÑAS GÁLVEZ, Francisco de Paula (en prensa), «La casa del príncipe Miguel: configuración estructural, dimensión institucional y vida cotidiana en la corte del heredero de Castilla, Aragón y Portugal (1498-1500)», en Francisco de Paula Cañas Gálvez (coord.), *La Corona y sus servidores: individualidades, instituciones y estructuras curiales en los reinos hispánicos durante la Baja Edad Media (ss. XIV-XV)*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- CARRETERO ZAMORA, Juan M. (2005), «La profecía de una reina o ‘La suerte de Matías’: Consideraciones sobre un periodo de crisis política en Castilla (1498-1518)», en M.^a Victoria López-Cordón y Gloria Franco (coords.), *La Reina Isabel y las reinas de España: realidad, modelos e imagen historiográfica*. Madrid: Fundación Española de Historia Moderna, pp. 35-61.
- CARRIAZO RUBIO, Juan Luis (ed.) (2003), *Historia de los hechos del marqués de Cádiz*. Granada: Universidad de Granada.
- CEPEDA ADÁN, José (2010), *En torno al concepto del estado en los Reyes Católicos*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Fundación Española de Historia Moderna.
- CHECA CREMADES, Fernando (1988), «(Plus) Ultra Omnis Solisque Vias. La imagen de Carlos V en el reinado de Felipe II», *Cuadernos de arte e iconografía*, 1, pp. 55-80.
- CHECA CREMADES, Fernando (1989), «Felipe II en El Escorial: La representación del poder real», *Anales de Historia del Arte*, 1, pp. 121-122.
- CLEMENCÍN, Diego (1820), *Elogio de la Reina Católica doña Isabel*. Madrid: Imprenta de Sancha.
- CUART MONER, Baltasar (2004), «La larga marcha hacia las historias de España en el siglo XVI», en Ricardo García Cárcel (coord.), *La construcción de las Historias de España*. Madrid: Fundación Carolina/Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos/Marcial Pons Historia, pp. 45-126.

- D'ÁLBIS, Cécile (2009), «Sacralización real y nacimiento de una ciudad simbólica: los traslados de los cuerpos reales a Granada, 1504-1549», *Chronica Nova*, 35, pp. 247-266.
- DÍAZ DE GAMES, Gutierre (2014), *El Victorial*. Rafael Beltrán (ed.). Madrid: Real Academia Española.
- DÍAZ-MAS, Paloma (1994), *Romancero*. Barcelona: Crítica.
- DURÁN, Eulàlia y Joan REQUESENS (1997), *Profecía i poder al Renaixement. Texts profètics catalans favorables a Ferran el Catòlic*. Valencia: Eliseu Climent.
- EDELMAYER, Friedrich (2004), «La Casa de Austria: mitos, propaganda y apología», en Alfredo Alvar, Jaime Contreras y José Ignacio Ruiz (eds.), *Política y cultura en la Edad Moderna (Cambios dinásticos. Milenarismos, mesianismos y utopías)*. Alcalá: Universidad de Alcalá.
- EIXIMENIS, Francesc (1401), *Libre del àngels*, BNE, Biblioteca Digital Hipànica. Enlace: <<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000040690&page=1>>.
- EIXIMENIS, Francesc (1983), *De Sant Miquel arcàngel: el quint tractat del «Libre dels àngels»*. Curt J. Wittlin (ed.). Barcelona: Curial.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel (1999), *Carlo V, el César y el Hombre*. Madrid: Espasa Calpe.
- FERNÁNDEZ LARRAIN, Sergio (1980), «Carlos V y la Capilla Real de Granada», *Chronica Nova*, 11, pp. 89-98.
- FERNÁNDEZ DE SANTAELLA, Rodrigo (1549), *Vocabularivm Ecclesiasticvm*. Salamanca: Andrea Portinari.
- GALÍNDEZ DE CARVAJAL, Lorenzo (1953), *Anales breves del reinado de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*, en *Crónicas de los Reyes de Castilla*, III. Cayetano Rosell (ed.). Madrid: Atlas, pp. 533-565.
- GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO, José Luis (2000), «La biblioteca postriera de Carlos V en España: las lecturas del emperador», *Hispania*, 206, pp. 911-943.
- GUADALAJARA MEDINA, José (1996), *Las profecías del Anticristo en la Edad Media*. Madrid: Gredos.
- IVARS, Andrés (1923), «El *libre des angels* de Fra Francesc Eiximenis y algunas versiones castellanas», *Archivo Ibero-Americano*, 19, pp. 108-124.
- JANSENS, Gustaaf (2001), «El sermón fúnebre predicado por François Richardot en Bruselas ante Felipe II con la ocasión de la muerte del emperador Carlos V», en José Martínez Millán e Ignacio Javier Ezquerro Revilla (coords.), *Carlos V y la quiebra del humanismo político en Europa (1530-1558)*, I. Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, pp. 349-362.
- LEDO CABALLERO, Antonio Carlos (2015), «*Et occidetur virtute Domini Antichristus a Mikaele arcangelo*. Paisaje y escatología en Sant

- Miquel de Lliria (s. XIV d. C.)», *Ilu. Revista de ciencias de las religiones*, 20, pp. 111-135.
- LUNA, Álvaro de (2008), *Virtuosas e claras mujeres (1446)*. Lola Pons Rodríguez (ed.). Segovia: Junta de Castilla y León/Instituto Castellano y Leonés de la Lengua.
- MARINEO SÍCULO, Lucio (1943), *Vida y hechos de los Reyes Católicos*. Madrid: Ediciones Atlas.
- MARTÍN DE CÓRDOBA, fray (1953), *Jardín de nobles doncellas*. Felix García (ed.). Madrid: Joyas Bibliográficas.
- MARTÍNEZ ALCORLO, Ruth (2021), *Isabel de Castilla y Aragón, princesa y reina de Portugal (1470-1498)*. Madrid: Sílex.
- MARTÍNEZ MILLÁN, José (2000), «De la muerte del príncipe Juan al fallecimiento de Felipe el Hermoso (1497-1506)», en José Martínez Millán (coord.), *La corte de Carlos V. Primera parte corte y gobierno*, I. Madrid: Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, pp. 45-72.
- MATESANZ DEL BARRIO, María (1997), «*Epístolas y Evangelios por todo el año*. Una errónea atribución de autoría», *Revista de Filología Románica*, 13, pp. 215-230.
- MEXÍA, Pedro (1945), *Historia del emperador Carlos V*. Juan de Mata Carriazo (ed.). Madrid: Espasa-Calpe.
- MILHOU, Alain (1983), *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscanista español*. Valladolid: Casa-Museo de Colón/Seminario Americanista de la Universidad de Valladolid.
- Nueva Biblia Española* (1975). Luis Alonso Schökel y Juan Mateos (trads. y eds.). Madrid: Ediciones Cristiandad.
- NOGALES RINCÓN, David (2013), «Los proyectos matrimoniales hispano-portugueses durante el reinado de los Reyes Católicos y los Sueños de Unión Ibérica», *De Medio Aevo*, 4/2, pp. 43-68.
- PADILLA, Lorenzo de (1846), *Crónica de Felipe I llamado el Hermoso*, en *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, VIII. Miguel Salvá y Pedro Sainz de Baranda (eds.). Madrid: Imprenta de la viuda de Calero.
- PALMA, Bachiller (1879), *Divina retribución sobre la caída de España en tiempo del noble rey don Juan el Primero*. Madrid: Sociedad de Bibliófilos Españoles.
- PARKER, Geoffrey (2010). *Felipe II*. Barcelona: Planeta.
- PEDRAZA GRACIA, Manuel José (1998), *Lectores y lecturas en Zaragoza (1501-1521)*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- PEDRO MÁRTIR DE ANGLERÍA (1953), *Epistolario. I Libros I-XIV. Epístolas 1-231*. José López de Toro (ed. y trad.), en *Documentos inéditos para la historia de España*, IX. Madrid: Imprenta Góngora.

- PÉREZ, Joseph (2002), «Los hijos de la reina. La política de alianzas», en Pedro Navascués Palacio (ed.), *Isabel la Católica, reina de Castilla*. Barcelona: Lunewerg, pp. 53-82.
- POTESTÀ, Gian Luca (2018), *Le dernier messie: Prophétie et souveraineté au Moyen Âge*. Paris: Les Belles Lettres.
- PRUDENCIO DE SANDOVAL, fray (1955), *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V*, I. Carlos Seco Serrano (ed.). Madrid: Ediciones Atlas.
- REEVES, Marjorie (1969), *The Influence of Prophecy in the Later Middle Ages: a Study in Joachimism*. Oxford: Clarendon Press.
- RUIZ GARCÍA, Elisa (2004), *Los libros de Isabel la Católica. Arqueología de un patrimonio escrito*. Salamanca: Instituto de Historia del Libro y de la Lectura.
- RUMEU DE ARMAS, Antonio (2001), «Carlo V, *Imperator Hispanicus*», en Manuel Fernández Álvarez (coord.), *El Imperio de Carlos V*. Madrid: Real Academia de la Historia, pp. 71-85.
- SAEN DE CASAS, María del Carmen (2009), *La imagen literaria de Carlos V en sus crónicas castellanas*. Lewiston/Queenston/Lampeter: The Edwin Mellen Press.
- SALVADOR MIGUEL, Nicasio (2012), «El prodigioso nacimiento de Fernando el Católico», en Juan Paredes (ed.), *De lo humano y lo divino en la literatura medieval. Santos, ángeles y demonios*. Granada: Universidad de Granada, pp. 331-354.
- SANTA CRUZ, Alonso (1920), *Crónica del emperador Carlos V*. Ricardo Beltrán y Rózpide y Antonio Blázquez y Delgado-Aguilera (eds.). Madrid: Real Academia de la Historia.
- SANTA CRUZ, Alonso (1951). *Crónica de los Reyes Católicos*, I. Juan de Mata Carriazo (ed.). Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos.
- SARASA SÁNCHEZ, Esteban (2014), «Fernando el Católico en la obra del cronista Jerónimo Zurita», en Aurora Egido y José Enrique Laplana Gil (coords.), *La imagen de Fernando el Católico en la Historia, la Literatura y el Arte*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, pp. 105-117.
- SOLÍS DE LOS SANTOS, José (2012), «El humanismo en Sevilla en la época de Diego López de Cortegana», en Francisco J. Escobar Borrego, Samuel Díez Rebozo y Luis Rivero García (eds.), *La Metamorfosis de un Inquisidor: el Humanista Diego López de Cortegana (1455-1524)*. Huelva/Sevilla: Universidad de Huelva/Universidad de Sevilla.
- TORRE Y DEL CERRO, Antonio de la (ed.) (1956), *Cuentas de Gonzalo de Baeza, tesorero de Isabel la Católica*, II. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Patronato Menéndez Pelayo.
- TORRE Y DEL CERRO, Antonio de la (1974), *Testamentaria de Isabel la Católica*. Barcelona: Viuda de Fidel Rodríguez Ferrán.

- TORRE, Antonio de la y Luis SUÁREZ FERNÁNDEZ (eds.) (1963), *Documentos referentes a las relaciones con Portugal durante el reinado de los Reyes Católicos*, III. Valladolid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Patronato Menéndez Pelayo.
- VALERA, Diego de (2009), *Defensa de virtuosas mujeres*. Federica Accorsi (ed.). Pisa: Edizioni ETS.
- ZURITA, Jerónimo (1991), *Historia del rey don Hernando el Católico: de las empresas y ligas de Italia, 2, Libros Tercero y Cuarto*. Ángel Canelas López (ed.). Zaragoza: Departamento de Cultura y Educación.

Recibido: 3/05/2021

Acceptado: 27/05/2021



LA ÚLTIMA MUERTE ANTES DEL IMPERIO: HISTORIOGRAFÍA
CASTELLANA Y PROVIDENCIALISMO EN TORNO AL PRÍNCIPE
MIGUEL Y AL NACIMIENTO DEL FUTURO CARLOS V

RESUMEN: Con la muerte del príncipe don Juan en 1497, Isabel de Castilla y Aragón, reina de Portugal por su matrimonio con Manuel I, pasa a ser la sucesora de sus padres, los Reyes Católicos. Fallecida en el parto de su hijo Miguel, el recién nacido se convierte en el heredero de Castilla, Aragón y Portugal. Este príncipe, que podría haber cambiado el curso de la historia de la península ibérica, murió antes de cumplir los dos años, por lo que los derechos sucesorios recayeron en Juana, tercera hija de Isabel y Fernando. A través de su matrimonio con Felipe el Hermoso, la dinastía extranjera de los Habsburgo llegará a ser titular de la monarquía española. En este trabajo se analiza el tratamiento providencialista dado por los cronistas castellanos tanto a la muerte del príncipe Miguel como al nacimiento del futuro emperador Carlos V.

PALABRAS-CLAVE: Reyes Católicos. Isabel de Castilla y Aragón. Príncipe Miguel. Carlos V. Historiografía. Providencialismo.

THE LAST DEATH BEFORE THE EMPIRE: CASTILIAN
HISTORIOGRAPHY AND PROVIDENTIALISM AROUND PRINCE
MIGUEL AND THE BIRTH OF THE FUTURE CARLOS V

ABSTRACT: After the death of Prince Juan in 1497, Isabel de Castilla y Aragón, Queen of Portugal through her marriage to Manuel I, became the successor to her parents, the Catholic Monarchs. Given that she died during the labour of her son Miguel, the newborn became the heir to Castile, Aragon and Portugal. This prince, who could have changed the course of the history of the Iberian Peninsula, died before reaching the age of two, so the inheritance rights fell to Juana, third daughter of Isabel and Fernando. Through her marriage to Philip the Handsome, the foreign Habsburg dynasty became the head of the Spanish monarchy. In this work we analyze the providentialist treatment given by the Castilian chroniclers both to the death of Prince Miguel and to the birth of the future Emperor Carlos V.

KEYWORDS: Catholic Monarchs. Isabel de Castilla y Aragón. Prince Miguel. Carlos V. Historiography. Providentialism.